X

TABIOUE POR MEDIO

La inesperada intervención del tutor de ocasión de la joven, del á quien Zeno llamaba el señor Giam Batista cambió inmediatamente la faz de las cosas.

La cólera de Bathilde calmóse en el acto, y el caballero se enderezó de un salto, no con intención de represalias, sino para ocultar su rostro, que ahora estaba rojo de vergüenza, y en el cual la señal de la fusta formaba un surco lívido.

Buenos días, querida mía; saludo á usted, caballero — dijo Peyrolles. — No se enfaden ustedes porque haya venido á turbar su conversación.

A mi edad, disgustan las visiones retrospectivas y se experimenta cierto pesar al ver arrullar á los jóvenes.

Ante esas palabras, llenas de sorna, frunció Bathilde el entrecejo, porque, ante un tercero, sentía ella más aún que su amante, la vergüenza que le había infligido. — Yo le he pegado, porque él me ha faltado — dijo con voz ronca la joven; — pero si cualquiera otro se hubiera atrevido á tocar á Su Excelencia el embajador de Venecia...

- ¿Le hubiera usted defendido? —interrumpió Peyrolles.

— Me hace usted honor suponiéndolo... Sin embargo, no es eso lo que yo quería decir... Sino que, si algún otro que yo hubiera osado tocarle, ese otro estaría ya muerto, castigado por la propia mano de Su Excelencia.

Al hablar así, tenía la cabeza levantada y brillantes los ojos.

Peyrolles sonrió.

— ¿Sabe usted que cada día está más guapa, Bathilde? — dijo con no fingida admiración. — ¿Qué edad se echa usted?

- La que voy á cumplir, es decir, treinta años.

— ¡Hace usted mal! Sin cumplido, no representa usted tanto. Pero no me extraña verla tan abierta como una rosa.

Luego, volviéndose hacia Zeno, añadió, disimulando todo lo posible el sarcasmo que encerraban sus palabras:

— Levante un asiento para sentarse, caballero; y deje esa cara tristona, por favor; nada que viene de damas ofende...

Obedeció el italiano apartando los ojos para no ver á la joven, que le miraba tiernamente, como para consolarlo y vengarle, porque, repetimos, le tenía gran cariño.

- ¿ No había usted venido para hablarnos de cosas más serias? — preguntó al viejo Bathilde.
- Todo cuanto á usted interesa es serio replicó Peyrolles eludiendo la pregunta. Y permítame una observación paternal: Tiene usted numerosas buenas cualidades; pero no carece de defectos. Entre estos últimos, hay dos que le estorbarán mucho si quiere llegar...
  - ¿ Cuáles?
- El primero es la sensiblería... ya le ha jugado á usted muy malas pasadas...
  - ; Y el segundo?
- El segundo es aún peor : es usted de una naturaleza demasiado apasionada, hija mía.
  - 1Bah! ¿Es defecto, el amor?
- Es aún más... Es enfermedad perniciosa... He oído decir que su padre murió por él...
  - ¿Y mi madre?

Esta pregunta turbó al anciano, que no se atrevía á contestar. « ¿Su madre?... ¡ De él vivió!... »

Por eso, cambiando de tono, preguntó:

- ¿ Cómo está la señora condesa de Lagardère?
- Es raro repuso Bathilde; parece que ya no tiene la pena que durante tanto tiempo le ha atormentado. Sin haber perdido su confianza, desde que la señorita de Chaverny está en edad de hacerla compañía, ya no estoy yo tan al corriente de todo como antes. Así, sin saberlo yo recibe á veces visitas, y ni Clarita ni yo hemos podido conocer nunca á los misteriosos visitantes.

- ¡Ah!; ah! exclamó Peyrolles; conspira, eso es prueba de salud.
  - Si continúa así, vivirá hasta edad muy avanzada.
- ¡ Que el cielo le oiga! Es el voto más ferviente de mi corazón dijo con burlón acento el anciano.
- Eso sale de una buena naturaleza; no dudo de su sinceridad — replicó Bathilde.
- ¡Caramba! exclamó de pronto Peyrolles mirando á Zeno; ¡este caballero es un feliz mortal, por poseer una joya como usted, querida!

Tiñóse en púrpura la frente de la señorita de Wendel, que sintió vivamente este nuevo sarcasmo.

El viejo prosiguió:

- Muy á pesar mío, acabo de presenciar una ardiente explosión de ternura; y el modo con que le prodigaba usted muestras de cariño me ha conmovido, Bathilde... Había, además, en usted, cierta familiaridad que no sienta mal entre novios.
- Hay que rendir homenaje á su penetración replicó agriamente la joven; nada se le escapa.

Su Excelencia y yo somos algo más que novios, pues nos amamos.

Se habrá observado que, ante tercero, daba Bathilde à Zeno tratamiento de « Excelencia », título á que tenía derecho por su posición en Francia.

- ¡Ya! - exclamó Peyrolles.

Y, en tono interrogativo:

- ¿ Con amor, querida?
- Con amor, sí.
- ¡ Cáspita! mi pregunta es cándida. Bien se veía

hace un rato, y este buen caballero parece comprender del todo la inmensidad de su dicha...

- Señor Giam Batista interrumpió Zeno hablando por primera vez — se extralimita usted un poco... y si no fuera un anciano...
  - Yo soy quien debo hablar dijo Bathilde.

Y enderezándose ante Peyrolles, añadió:

— Generalmente, en nuestras disputas amorosas, es el caballero quien golpea.

El ex intendente de Gonzaga rompió á reír.

- ¡Bravo! exclamó. Se apropian ustedes todas las alegrías del matrimonio antes de estar casados. Ese es un excelente método que la juventud debiera poner en práctica para disminuir el número de malos matrimonios.
- ¿ No había usted venido para hablarnos de cosas más serias? — repitió Bathilde á quien aquellas burlas empezaban á cargar.
- ¡Es verdad, querida! Pero, por favor, no se enfade.

Tal vez he hecho mal entrando tan bruscamente en el secreto de vuestros asuntillos. No hablemos más de eso...

Míreme con mejores ojos, caballero. No me acordaré de nada, ¡lo juro!

Hablemos, ahora, en serio.

- Si le es posible, se lo agradeceré dijo, rencorosa, Bathilde. — Ante todo, ¿ por qué casualidad ha venido usted hasta Montmartre á buscarme?
  - Es muy sencillo. Como tenía que hablarle, llamé

esta mañana por el pozo del callejón. Á mi señal, vino Clarita y me dijo que acababa usted de salir á caballo...

No me ha engañado la buena y honrada muchacha, porque, al llegar aquí, he visto, efectivamente, á Sultán, que ramoneaba en libertad las escasas flores del jardín.

- Llegue á lo que tenía que decirme.
- Espere un instante repuso Peyrolles bajando la voz. - Antes, quisiera saber si podemos hablar con toda seguridad, porque me ha parecido oir ruido en el piso contiguo, que yo creía aún inhabitado.

¿Tiene usted algún vecino ahora, caballero?

- Efectivamente, repuso Zeno, tras cierta vacilación, porque odiaba al viejo por sus humillantes bromas. — Hace ocho días que está alquilado el pabellón inmediato al mío.
  - Eso nos contraria.
- ¡Oh! tranquilícese. Si sólo le molesta ese vecino, puede usted hablar libremente, y tan alto como quiera, pues es más sordo que una tapia.
  - ¿ Está usted seguro?
  - Segurisimo.

Y para apoyar su afirmación, el caballero, algo repuesto de su reciente algarada, contó el extraño quid pro quo que ocurrió entre él y el sabio.

— Entonces, todo va bien — repuso Peyrolles. — Lo que tenía que decir á Bathilde, se lo diré también á usted, pues me gustan los amantes perfectos.

Son ustedes dignos uno de otro. Estamos más unidos que nunca por la fuerza de las cosas. Trátase, pues, de trabajar seriamente y de prisa. Vamos, caballero, ¿ en cuánto estima usted la parte que la futura embajadora de Venecia tiene en la herencia de Nevers?

- Creo que la señorita Wendel podrá contar con tres ó cuatro millones.
- ¡Ah! ¡ qué lejos está usted de la cuenta! murmuró Peyrolles con la devota emoción de los que cifran el cántico de oro. He emprendido el viaje á Lorena expresamente para ver las tierras cuya mayor parte corresponderá á usted de derecho : hay unos doce millones.

La granja de Caylus, en el valle de Louron no es menos rica; los bienes diseminados por Francia valen el doble, y faltan aún los cartorce ó quince millones de la provincia de Mantua en Italía, que son de la viuda de Nevers.

Mientras respiraba el anciano, pensaba Zeno:

- Eso supone, para la tercera parte, unos veinte millones.
- ¿En qué gastaré todo eso? preguntó Bathilde con turbación casi cómica.

Peyrolles replicó:

- Cuando los tenga, hará de ellos lo que se le antoje; pero, primero, hace falta tenerlos.

Aunque las cosas han permanecido estancadas mucho tiempo, ahora marchan, y parecen tomar mal cariz.

¿Saben ustedes que Felipe, el hijo del conde de Lagardère, está á punto de saber quién es?

Sí, ya lo sabemos — repuso Zeno; — pero no está sino á punto... y ante de que sepa más...

- Hay que obrar.
- Ese es mi parecer... y pronto.
- Pronto y con destreza. Para esto, he pensado en Bathilde, que, en las actuales circunstancias, puede sernos gran ayuda.

He aquí de qué manera...

Pero, antes de dejar hablar á Peyrolles, tenemos que penetrar en casa del vecino de Zeno y ver lo que en ella ocurre.

En tanto que los tres cómplices conversaban juntos, el vecino se hallaba en el cuarto de su piso situado exactamente detrás del en que aquéllos estaban reunidos.

Entonces no tenía nada del viejo sabio encontrado por Zeno.

Cual si se hubiera bañado en las maravillosas ondas de la fuente de Juvencia, había rejuvenecido lo menos quince años.

Su cuerpo, encorvado por la edad, habíase erguido fuerte y vigoroso, y no quedaba ya huella alguna de las numerosas arrugas que le surcaban el rostro.

Además, sus ojos, libres de antiparras, aparecían abora vivos y penetrantes.

Desde que Bathilde había entrado en casa del veneciano, permanecía el vecino contra la pared que separaba las dos habitaciones, en una postura que indicaba profunda atención.

À la altura de su cabeza, veíase incrustada en la albañilería una especie de campana metálica de cinco á seis pulgadas de diámetro, cuya mitad salía hacia afuera.

Inmóvil, aplicado el oído contra esa parte convexa, parecía escuchar lo que decían sus vecinos y, en realidad, no debía de perder ninguna de las palabras que allí se pronunciaban.

Éstas, en efecto, chocando primero contra la pared, iban luego á repercutir en el globo metálico, que estaba ahuecado en su interior, y en él adquirían una sonoridad de extraordinaria potencia.

Gracias á ese aparato acústico, nuestro hombre percibía hasta el menor ruido producido al otro lado del tabique.

Y así pudo asistir, como si hubiera estado presente, á la escena que acababa de efectuarse entre Bathilde y su amante. Escena de la cual hubiera podido seguir todas las peripecias sin emplear su aparato, ya que tenía oido muý fino, á pesar de lo que había dicho á Zeno, y que los gritos de uno y otra hubieran podido ser oídos aun por un sordo de veras.

Al principio, esa disputa le dejó frío.

Poco le importaban los amores del embajador y la señorita de Wendel.

Pero su interés creció cuando los dos amantes llegaron al período agudo, es decir, cuando Zeno se había apoderado de la daga para hendérsela á la joven.

— ¡Diablo! — había murmurado — ¿Será capaz de ejecutar su amenaza, el miserable, y asesinar á su querida? Eso no nos conviene, pues nos impediría enterarnos de muchas cosas que necesitamos saber.

Y ya se preparaba á coger á escape su disfraz de viejo sabio para, con cualquier pretexto, introducirse

en casa del caballero é interponerse entre él y la señorita Wendel, cuando la llegada de Peyrolles le ahorró ese cometido.

Entonces escuchó con doble atención.

— ¡Bueno! — se dijo cuando oyó al caballero que advertía al ex factótum de Gonzaga que nada podían temer, gracias á su sordera; — de ese modo voy á saber las importantes cosas que van á decir á Bathilde.

Luego, con satisfacción, añadió:

- Bien sabía yo que el día menos pensado me sería muy útil mi permanencia aquí.

Volvamos ahora á Peyrolles, á quien hemos dejado en el momento en que se disponía á indicar el modo de que pensaba servirse de su pupila para acabar con el hijo de Lagardère.

— He aquí — decía — de qué manera tendremos que proceder con el joven.

Es preciso que Bathilde le dé una cita en su cuarto.

- ¿ Una cita, en mi cuarto? preguntó con estupefacción ésta. — ¿ Cómo podría hacerlo?
- Voy á enseñarle el medio. Dentro de pocos días, el ejército de Flandes estará de regreso en París. He sabido que, con este motivo, y por iniciativa de Maillebois, los hidalgos de la corte piensan dar una recepción seguida de baile á todos los oficiales que han tomado parte en la campaña. ¡Pues bien! Usted irá á ese baile, nos arreglaremos para que Felipe vaya también.
- ¡ No lo piense usted! ¿ Con qué pretexto puede asistir un simple sargento á una reunión de oficiales?

- Nada sé aún ; déjeme reflexionar, y seguramente venceremos esa dificultad que, por ahora, le parece, como á mí, infranqueable.
  - Ya está vencida dijo Zeno.

Bathilde y Peyrolles le miraron.

- ¡Ah! ¡Bah! murmuró este último ¡Ha hallado usted el medio de introducir en el baile al guardia francés? Eso le enaltece en mi estimación.
- ¡Basta de guasas! señor Giam-Batista interrumpió el veneciano Somos socios, no amigos.

He dejado pasar sus sarcasmos sin contestar, y todavía pienso menos en obtener su estima; la estima de un hombre que me conoce y á quien yo no conozco.

Sin estar muy enterado acerca de usted, sospecho que no se halla del todo tranquilo en Francia, en donde sólo deben tenerle el interés y la venganza.

Sospecho también que el nombre que usted se da no es el suyo.

Á mí, no me guía en mis actos ningún móvil de venganza... sólo el amor me impulsa á ser cómplice suyo, porque me creo en derecho de intentar recuperar la fortuna de mi futura esposa. (Al pronunciar esta frase, volvióse hacia Bathilde).

Considéreme, pues, no como á un fantoche cuya cuerda se mueve á capricho, sino como á un asociado.

Sentado esto, guárdese sus admiraciones y burlas para otros, no para mí.

Sorprendido por esta mercurial, que no se esperaba, pues Zeno lo había tratado siempre con una consideración rayana en respeto, no pronunció el anciano una palabra, comprendiendo que él la había buscado.

En cuanto á la dificultad — continuó el caballero
no he tenido nada que encontrar; puesto que,
desde la semana pasada, no existe ya el sargento
Felipe. Ahora hay que decir el teniente Felipe.

Peyrolles se sobresaltó.

- ¿Le han ascendido á teniente?
- En el mismo regimiento en que servía.

Me enteré de esta noticia el otro día, mientras estaba yo en las oficinas del ministerio de la guerra.

Parece ser que el nombramiento se debe à recomendaciones del señor marqués de Chaverny y gracias à los buenos informes dados por el capitán de Tresmes.

- ¡Pues bien!¡eso nos viene al pelo! exclamó Peyrolles — porque, en ese caso, queda invitado de derecho á la recepción. Pero, como podría ocurrir que, en razón de su ascenso reciente, titubease en acudir, vamos á hacer que Bathilde le aconseje no faltar.
  - ¿ Qué quiere usted decir? preguntó la joven.
- Quiero decir que usted va á escribirle unas palabras con ese objeto.
- ¿Yo?... ¡Eso es absurdo!... No me conoce el muchacho, y maldito el caso que hará de mi carta.
- Es que no le escribirá usted personalmente, sino « una amiga que se interesa mucho por él y que, conociendo un secreto referente á su nacimiento, querría hablarle de esto. »
- ¡Ah! sí, comprendo repuso Bathilde disimulando una mueca.
- Por lo tanto es imposible que él deje de acudir. LEON

  UNIVERSIDAD DE RUEYO LEON

  UNIVERSIDAD DE RUEYO LEON

  UNIVERSIDAD DE RUEYO LEON

  LOLINTEGA UNIVERSITARIA

IBLIOTECA UNITER EYES"

"ALFONSO REYES"

AN 1625 MONTERREY, MENCO

Ahora bien, en cuanto Felipe llegue, yo, que también me encontraré allí, se lo enseñaré á usted, y á usted le toca ser lo suficientemente lista para obtener de él la cita que necesitamos para la ejecución del proyecto que yo he concebido.

- ¿Cuál es ese proyecto? interrogó Bathilde.
- El ponerle en la imposibilidad de recuperar su nombre y su situación.
- Supongo que no querrá usted atentar contra su vida — observó la Wendel.
- ¿Por qué no? iba á responder Zeno, que no necesitaba tener que efectuar ninguna venganza, para recurrir á medios enérgicos.

Pero Peyrollès le avisó, guiñándole significativamente el ojo y dijo :

- Claro que no; ¿para qué?

Desconfiaba de la joven y creía que, si la revelaba sus intenciones, que eran realmente las de asesinar á Buena Espada, ella se negaría con seguridad á secundarle.

¿No lo había salvado ya ella una vez, y no había parecido interesarse mucho por su suerte cuando, en la explicación que tuvieron ambos dos años antes, y en cuyo curso declaró la sustitución, había hablado de « tomar precauciones para con él? »

Menester era, por tanto, dejarla ignorar lo que el meditaba y emplearla solamente como instrumento inconsciente.

Sabemos que siempre le había ocultado, el miserable anciano, las emboscadas por él tendidas á Felipe.

- Bueno replicó Bathilde siendo así, pueden ustedes contar conmigo. ¿dónde le daré esa cita?
  - En su cuarto.
  - ¿En el hotel de Nevers?
  - Naturalmente.
- El lugar me parece mal escogido.
- No hay ningún otro mejor situado para lo que queremos hacer. La separación de sus habitaciones de las de la condesa, el grande y solitario jardín que las rodea, el sombrío callejón que las orilla, todo eso nos permitirá obrar cómodamente sin temer la intervención de ningún importuno.
- Tal vez tenga usted razón. ¿Á qué hora le digo que venga?
- A las doce de la noche, cuando todo el mundo duerma en el hotel.
- Conforme... Una última pregunta : ¿ Adónde debo escribirle ? Porque yo no conozco su casa.
- Tampoco yo confesó Peyrolles; pero basta dirigirle la carta al ministerio de la guerra, y creo que no dejará de recibirla.

Así es que queda bien entendido, y esta vez, tratemos de concluir; hace ya demasiado tiempo que estamos esperando.

- Descuide usted; se cumplirán puntualmente sus instrucciones.

Se dirá, que era muy extraña mujer esa Bathilde Wendel que sin remordimiento, consentía en destrozar para siempre la existencia de Felipe, y hacer de él una especie de paria en la sociedad, lo que era, especialmente en aquella época, como una muerte anticipada, y que se oponía, en cambio, á que le hiciesen el menor daño.

Pero, ya dijimos que era una naturaleza en que lo bueno y lo malo luchaban constantemente juntos y en que ambos querían tener su parte.

La de « lo malo » era el deseo de heredar á la condesa, de obtener á cualquier precio la fortuna cuyo goce le era necesario.

La de « lo bueno » era la sensibilidad nativa que le había inducido á encariñarse con Felipe niño y la obligaba aún á proteger su vida, aunque de ésta dependieran las riquezas que codiciaba.

Arreglado todo entre los tres cómplices, separáronse éstos.

Primero salió Peyrolles; luego, Bathilde, que encontró á su caballo al pasar por el jardín.

Zeno no les siguió inmediatamente, sino que se entretuvo ocultando bajo una capa de polvos la marca violácea que en su faz dejó la fusta.

El caballero era muy presumido.

Detrás del tabique, el supuesto sabio, que no había dejado de tener el oído aplicado contra la campana de metal, había escuchado la conversación hasta el fin, sin perder una sola palabra.

Así que Bathilde y Peyrolles se hubieron marchado, encajóse el disfraz de anciano, es decir, púsose una peluca blanca, con mechones intencionadamente desgreñados, se frotó el rostro con una sustancia que le arrugó en seguida la epidermis, adoptó los anteojos

azules, y así, vuelto desconocido, salió en seguida de su casa.

En la meseta de la escalera, tropezó con Zeno, que salía también.

El veneciano iba á tomar el aire, para reponerse de la violenta escena en que había tomado parte.

- Le felicito por ser algo duro de oído dijo su vecino. Gracias á ese defecto, no le ha interrumpido en sus trabajos lo que acaba de ocurrir en mi casa.
- ¿Cómo? preguntó el anciano, con aire ingenuo.
   ¿Le ha sucedido algo?
- Si, una amante celosa, cuyos reproches, algo vivos he tenido que sufrir, y que ha alborotado durante un cuarto de hora.
- ¡Ah! ¡diablo! eso no debe de ser muy agradable. También lo he conocido yo en mi juventud. Pero yo tenía un principio. Guando me ocurría semejante cosa, yo me crecía, y tanto, que generalmente quedaba encima.

Con las mujeres no hay que ceder nunca, de lo contrario queda uno á merced de ellas; en cambio, la energía las vuelve suaves como un guante.

- Yo también opino así.
- Entonces ¿ ha salido usted bien, y la señora habrá reconocido su sinrazón?
- Absolutamente; se ha disculpado afirmó Zeno con calma digna de un granuja de su calaña, y apresurándose á llevarse el pañuelo á la cicatriz del rostro, que no podían tapar del todo los polvos.

- ¡Muy bien! Me alegro por usted. Y siento no poder continuar más tiempo esta conversación, pues me aguarda un médico amigo mío, para tratar de un tema interesantísimo, que debemos desarrollar extensamente.
  - ¿Sería indiscreción preguntarle cuál?
- De ningún modo: se trata ictibus in capite y de sus consecuencias múltiples.
- ¡Ah!¡ah! «¿de los golpes en la cabeza? » En efecto, eso puede ser muy interesante el discurtirlo—replicó el caballero, que no comprendió la alusión.
  - Hasta la vista, pues, querido vecino.

El anciano se marchó.

Mientras creyó estar á la vista del italiano, conservó sus andares seniles; pero, poco á poco, á medida que se acercaba á París, aceleraba el paso que no tardó en ser rápido.

Tomando por el camino más corto, dirigióse á la calle de la Ferronnerie, adonde llegó pronto.

Llegado á la casa en que había una muestra con la lección « Au Pilon d'or », entró y subió de prisa por la escalera.

En el descansillo del primer piso se detuvo y llamó à la puerta.

Salió á abrir Cocardasse.

- ¡Al fin se le ve, barón de Posen! exclamó el soldado. ¿Hay novedad?
- Acabo de sorprender un complot tramado contra
   Felipe por Peyrolles, Bathilde y Zeno.
  - ¡Santo Dios! ¡ qué miserables!...

- Y vengo en seguida, para ponernos de acuerdo á fin de aguarlo. Temía no encontrarle.
- ¡No hay cuidado! Hace ocho días, me dijo usted:

  « Voy á habitar cierto tiempo en Montmartre, en la
  casa de Zeno, para ver si por ahí se encuentra algo
  que pueda sernos útil. Epéreme aquí sin moverse, para
  que, en caso de que le necesite, le tenga á mano inmediatamente. »

Así pues, he esperado, sin dar un paso fuera, á pesar de las frecuentes ganas que me entraban de ir á casa de Passepoil para ver cómo sentaba mi ausencia á Maturina.

- Ha hecho usted bien, - Cocardasse.

He aquí, en efecto, lo que he sorprendido hace un rato y que nos obliga á ponernos ahora mismo de acuerdo, para preservar á Felipe de la suerte que le aguarda.

Y el barón explicó al soldado todo cuanto había oído en la casita.

- Me parece, dijo Cocardasse que lo más sencillo sería prevenir al chiquitín.
- Guardémonos mucho. Es demasiado franco, demasiado leal para prestarse á cualquier ficción, y en cuanto supiera de lo que se trata, iría derecho á sus enemigos, que, como es natural, negarían sus pérfidas intenciones; lo cual les sería fácil, pues, en definitiva, no tenemos contra ellos más que pruebas morales.

Todo se perdería. Lo que nos conviene es cogerlos en flágrante delito, en el mismo momento en que estén á punto de ejecutar su crimen. De ese modo no lo podrán negar y se nos entregarán por sí mismos.

- ¡Bien pensado, barón!
- Pero debemos requerir la ayuda de nuestro amigo Passepoil.
- . ¡Caramba! ¡Es lo que está deseando Amable!... Se enfadaría si la cosa se efectuase sin él.
- ¡Pues bien! Vaya á buscarlo en seguida. Los tres nos entenderemos.
  - Corro al galope dijo Cocardasse.
  - Y, al irse, añadió.
  - ¡ Ya hay tarea, Petronila,... y buena!

XI

UN BAILE EN EL LOUVRE

La historia del Louvre es la historia de Francia desde Felipe Augusto, es decir desde el fin del siglo XII.

En efecto, ese magnifico palacio data de más de setecientos años.

El terreno que ocupa era antiguamente un Bosque, casi una selva, limitado al sur y al oeste por el Sena, y detenido al norte por el Mons Martio.

Por esa razón, sin duda, la mayoría de etimologistas hacen derivar la palabra Louvre de Lupard (bosque de lobos).

Primero fué una casa de caza edificada por Dagoberto y en la cual éste guardaba sus jaurías.

Los reyes holgazanes iban allí á menudo á descansar de las fatigas ocasionadas por su pereza, ó á pasearse en coche por la selva que lo rodeaba.

En el reinado de Felipe Augusto, trocóse en forta-